



ESTUDIO

Epístolas Paulinas

ROMANOS

9

Epístola a los Romanos

Capítulo 9

El evangelio e Israel

Esta sección se ha visto como un aparte, motivado por la preocupación personal de Pablo por su pueblo, o como una digresión del tema de la elección de Dios. Pero el tema de este capítulo hasta el 11 es el lugar de Israel en el plan de salvación de Dios, y éste es un tema que está muy relacionado con los que trata Pablo en el resto de Romanos. Desde el comienzo de la carta Pablo se ha preocupado por demostrar que el evangelio es una continuidad del Antiguo Testamento. Quiere dejar en claro que la venida de Jesucristo y el nuevo régimen de la historia de la salvación que él ha inaugurado no es una innovación en el plan de Dios para la historia, sino su culminación ya prevista. Sin embargo, la incredulidad de la mayoría de los judíos en la época de Pablo presenta un problema potencial para la intención del Apóstol de dejar establecida dicha continuidad. ¿Acaso la promesa de salvación no había sido dada al pueblo de Israel? ¿Cómo puede ser que él sea fiel a su promesa si ahora ésta se cumple en la iglesia, en lugar de cumplirse en Israel?

Estas son las preguntas a las cuales Pablo responde en los capítulos 9 al 11, al defender la tesis de que no es que haya fallado la palabra de Dios; Romanos 9:6a. La incredulidad de los judíos en la época presente no significa, dice Pablo, que las promesas de Dios a su pueblo hayan fallado, porque Dios nunca prometió salvar a cada uno de los judíos; Romanos 9:6b-29); los judíos mismos son responsables por no creer; Romanos 9:30-10:21; las promesas de Dios a Israel aún ahora están siendo cumplidas en un remanente de judíos cristianos; Romanos 11:1-10; y sin embargo, Dios salvará a todo Israel; Romanos 11:12-32. En todo el pasaje Pablo se preocupa por mostrar que las promesas de Dios a su pueblo Israel —cuando se las entiende correctamente— permanecen intactas en su totalidad. Esta “**teología de Israel**”, además de dejar establecida la coherencia del evangelio, reviste importancia práctica. Porque, como lo revelan las palabras de Pablo en Romanos 11:12-32, él sabía que los gentiles en la iglesia romana estaban restando importancia a sus indispensables “**raíces**” en el Antiguo Testamento y mirando con desprecio a los judíos y a los judíos cristianos.

La angustia de Pablo por Israel | Romanos 9:1-6

La falta de una palabra o frase que conecte el capítulo 8 con el 9 sugiere que aquí Pablo hace una pausa en su razonamiento. Con la celebración del amor inalterable de Dios para los creyentes en Cristo; Romanos 8:31-39, alcanzó el clímax para lo que va de su argumento. Pero es precisamente esta afirmación del pleno cumplimiento de las promesas de Dios a los cristianos la que lleva a Pablo a plantear la cuestión de las promesas de Dios a Israel. Los versículos 1-3 muestran que este tema despertaba en él intensas emociones, ya que Pablo nunca perdió su sentido de identificación con sus compañeros de raza, los judíos. Por lo tanto, experimenta gran tristeza y continuo dolor en el corazón por aquellos que desde el punto de vista de la carne —gr. *kata sarka*— son sus familiares y hermanos. Aunque Pablo no nos dice por qué se siente tan profundamente mal con respecto a sus hermanos judíos, el paralelo de Romanos 10:1 indica claramente que es porque la mayoría de los judíos no son salvos; porque se han negado a creer en Jesucristo. Pablo siente esto tan intensamente, al igual que Moisés antes que él; Éxodo 32:31-34, que está dispuesto a sacrificar su propia salvación por la salvación de sus hermanos judíos. La fuerza de la declaración de Pablo sugiere que quizá haya tenido noticias de algunos judíos que dudaran de su preocupación por sus “**familiares según la carne**”.

La tristeza de Pablo por la incredulidad de los judíos tiene, sin embargo, otro fundamento quizá más profundo: la incongruencia entre el estado presente de los judíos y los maravillosos privilegios que les pertenecen; Romanos 9:4,5. El simple hecho de ser israelitas puede ser contado entre ellos, ya que “**Israel**” (expresión que Pablo prefiere utilizar en los capítulos 9-

11) sugiere el estado, derivado del pacto, que se concedió a los descendientes de Jacob (“Israel”). De igual importancia es la adopción como hijos, expresión con la que Pablo en otros pasajes se refiere a los creyentes en Cristo; Romanos 8:15,23; Gálatas 4:5; Efesios 1:5. En qué sentido puede decirse que los judíos poseen esta condición es algo que Pablo explicará en Romanos 9:6b-13 y Romanos 11:1-32. El mayor de los privilegios de los judíos es el hecho de que Cristo, el Mesías prometido, proviene de ellos. Pero esto es contar la historia desde el lado humano; desde el lado divino ese Cristo es Dios mismo. Esta, al menos, es la interpretación que se sugiere, al asociar la expresión Cristo con Dios; “**de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos**”; Romanos 9:5. Tal interpretación del texto es uno de los pocos lugares en el Nuevo Testamento en que Jesucristo es explícitamente llamado Dios.

Los privilegios que Pablo ha enumerado surgen de Dios mismo, y podrían ser utilizados —y, en efecto, fueron utilizados por muchos judíos— para garantizar la salvación de los judíos en general. Esta es la salvación que el evangelio cuestiona específicamente, y que al hacerlo, plantea la pregunta central de esos capítulos: ¿Ha abandonado Dios sus promesas a Israel (6a)?

El pasado de Israel: la elección soberana de Dios | Romanos 9:6b-29

La primera respuesta de Pablo es argumentar que la palabra de Dios siempre ha prometido salvación sólo a aquellos que Dios eligió en su soberanía. Luego cita extensamente pasajes de la historia de Israel para apoyar este argumento, demostrando que pertenecer al pueblo de Dios no depende del nacimiento ni de nada que pueda hacer una persona, sino del llamado de Dios. Así como Dios eligió sólo a algunos de entre los descendientes de Abraham para que fueran su pueblo; Romanos 9:6b-13, así también ahora elige a los gentiles; Romanos 9:24-26 y sólo un remanente de los judíos; Romanos 9:27-29 para que sean su pueblo en el tiempo presente. La parte más importante del argumento de Pablo, por lo tanto, se presenta en los versículos 6b-13 y 24-29, con los versículos 14-23 siendo una respuesta aparte a preguntas planteadas por el énfasis que Pablo hace sobre la soberanía de Dios.

El Israel dentro de Israel | Romanos 9:6b-13

La tesis del párrafo se formula en el versículo 6b: No todos los nacidos de Israel son de Israel. Existe, sugiere Pablo, concordando con la teología del “**remanente**” del Antiguo Testamento, un Israel espiritual dentro de un Israel étnico más amplio. Pablo puede utilizar en otros lugares el término “**Israel**” para referirse a todo el pueblo de Dios, tanto judíos como gentiles; Gálatas 6:16. Aquí, no obstante, como lo deja en claro la continuación, está pensando sólo en los judíos. Pablo prueba esta afirmación sobre el Israel dentro de Israel con dos argumentos paralelos tomados de la historia del Antiguo Testamento; Romanos 9:7-10, 11-13. En el primero, Pablo muestra que el hecho de ser descendiente físico de Abraham no era suficiente para garantizar un lugar dentro del pueblo de Dios. Tanto Ismael como Isaac eran hijos de Abraham; pero fue sólo por medio de Isaac que Dios le “**llamó**” descendencia espiritual a Abraham; Génesis 21:12. La descendencia espiritual de Abraham, entonces, está basada no en el nacimiento, sino en la promesa de Dios. Isaac, y no Ismael, fue el receptor de esa promesa; Génesis 15:4; 17:9.

Como si el tema no estuviera suficientemente claro, Pablo ahora lo subraya aun más, eligiendo una ilustración tomada de la siguiente generación de Israel Romanos 9:10-13; porque alguien podría objetar a la primera ilustración de Pablo, diciendo que una significativa diferencia en la descendencia natural distinguía a Isaac de Ismael: el primero había nacido de Sara, “**la libre**”, y el último, de Agar, “**la esclava**”; Gálatas 4:21-31. Pero esta diferencia no existió entre Jacob y Esaú. Como mellizos, no sólo nacieron de la misma madre, Rebeca, sino que fueron concebidos en el mismo momento. Pero antes de que ellos nacieran, Dios dijo a Rebeca que el mayor serviría al menor; Génesis 25:23. Esta prioridad de Jacob es confirmada por un segundo texto del Antiguo Testamento citado por Pablo; Malaquías 1:2,3 “**A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí**”. De estos testimonios del Antiguo Testamento sobre la supremacía de Jacob, Pablo obtiene la conclusión, en una nota explicativa, de que la bendición que Jacob disfrutaba no se originaba en nada que él hubiera hecho, sino en el llamado libre y soberano de Dios; Romanos 9:11b,12a.

¿Cuál es esta bendición? Dado que los contextos del Antiguo Testamento, de los cuales Pablo toma su ilustración, hablan principalmente sobre los papeles históricos de Jacob y Esaú, o de las naciones que representan (Israel y Edom) el plan de Dios, Pablo quizá quiera decir sólo que Jacob disfrutaba del privilegio de ser un instrumento positivo en ese plan. Pero el lenguaje que Pablo utiliza en este párrafo, generalmente se refiere al tema de la salvación eterna. Y es este tema el hecho de que tantos judíos no hayan sido salvos por medio del evangelio, el que ha originado toda esta discusión. Llegamos a la conclusión, por tanto, de que Pablo utiliza estos textos del Antiguo Testamento para ilustrar el principio de la soberanía de Dios en la salvación: ser un hijo de Dios depende, finalmente, del llamado de Dios. El “amor” de Dios por Jacob y su “aborrecimiento” de Esaú, son formas de describir en agudo contraste la elección de Dios para salvación y su exclusión de la misma, respectivamente.

Objeciones: La libertad de Dios | Romanos 9:14-23

El énfasis que Pablo hace sobre la soberanía de Dios en la salvación genera algunas objeciones, como él bien sabía por los muchos años que llevaba predicando. Pablo trata dos de ellas en esta sección. ¿Es injusto Dios al elegir a algunos y rechazar a otros? ¿Y cómo pueden ser culpadas las personas por rechazar a Dios si él mismo determina que lo hagan?; Romanos 9:14-19. Tales preguntas son nuestra respuesta natural ante la enseñanza bíblica sobre la soberanía de Dios. Resulta significativo que Pablo aquí no brinde explicación “lógica” alguna para la compatibilidad de la soberanía de Dios con la enseñanza, igualmente bíblica, de que Dios es escrupulosamente justo y que los seres humanos son justificadamente culpables por sus acciones. Haríamos bien en seguir su enfoque: afirmar la verdad de estas grandes doctrinas bíblicas, sin eliminar o debilitar una o la otra por insistir en una explicación exhaustiva. Es un punto en el cual, junto con Pablo, debemos estar dispuestos a reconocer que es un misterio que supera nuestra comprensión.

En el estilo de diatriba que ha adoptado frecuentemente en Romanos, Pablo mismo formula las preguntas que sabe que serán provocadas por su insistencia en la soberanía de Dios en la elección: ¿Acaso hay injusticia en Dios? Pablo rechaza enérgicamente esta inferencia y cita nuevamente el Antiguo Testamento para apoyar su punto de vista; Romanos 9:15. Pero el texto que Pablo cita; Éxodo 33:19, aparentemente no hace más que reiterar la libre y soberana actuación de Dios, en vez de explicar por qué esa actividad es justa. Pero quizá esto es lo que Pablo quiere decirnos: que las acciones de Dios no pueden ser “juzgadas” por nada que vaya más allá de lo que sabemos de su propia naturaleza según nos la revela la Biblia. Nuevamente, Pablo declara que lo que se deduce de la libertad de Dios es que la elección para salvación no depende del que quiere ni del que corre.

Los versículos 17 y 18 fortalecen aun más esta negación de que los actos de Dios estén basados en decisiones y acciones humanas, pero ahora desde el punto de vista “negativo”. El papel del faraón en la historia de la salvación fue algo determinado por Dios. Fue Dios quien puso al faraón en el escenario de la historia y quien hizo que su corazón se endureciera; Éxodo 9:16. Lo que se dice en el Antiguo Testamento sobre el faraón, naturalmente se aplica a su papel en la historia de la salvación y no a su destino personal. Pero, como en los versículos 10-13, Pablo sugiere en el versículo 18 que la obra de Dios en el faraón ilustra la forma en que Dios obra en las personas en general: así como de quien quiere, tiene misericordia, así a quien quiere, endurece. Ni el recibir la misericordia de Dios, ni el hecho de que él endurezca el corazón están basados en actividades humanas (aunque debemos recordar que Dios actúa en personas que ya están perdidas en el pecado y que el hecho de que excluya a algunos de la salvación es, en cierto sentido, simplemente la confirmación de la elección que ellos ya hicieron). También debemos recordar que las decisiones de Dios sobre estos temas no nos son reveladas y que de ninguna forma están destinadas a causarnos ansiedad. Las Escrituras dejan bien en claro que Dios jamás se negará a recibir, ni echará fuera, a quienes lo buscan con diligencia.

La pregunta que ahora formula Pablo es exactamente la misma que nos sentimos tentados a plantear en este momento: ¿Cómo puede Dios culpar a las personas por rechazarlo si es él, al elegir a algunos y “desechar” a otros, quien en cierto sentido está causando ese mismo rechazo? La respuesta de Pablo revela que él mismo no tiene una solución satisfactoria desde

el punto de vista lógico. En una parte anterior de la carta él ya ha establecido con claridad que las personas son plenamente responsables por rechazar la verdad de Dios; Romanos 1:20-2:11, y de nuevo repite este concepto en relación con Israel; Romanos 9:30-10:21. Pero no menciona esto como una forma de evitar el tema que ahora plantea. Por este medio implica que la soberanía de Dios al rechazar, y la responsabilidad del hombre por ese rechazo, deben ser consideradas como dos verdades complementarias que no deben ser utilizadas para atacar la una a la otra. Aquí Pablo simplemente pone límites al derecho de cualquier persona en cuanto a juzgar las decisiones de Dios. El es el alfarero, quien tiene pleno derecho sobre los vasos que crea; Romanos 9:21. En los versículos 22,23 Pablo relaciona esta libertad de Dios con su disposición de soportar con paciencia a aquellos vasos de ira que han sido preparados para destrucción. Los “**vasos**” a los que Pablo se refiere aquí son, probablemente, los judíos no creyentes que ahora desempeñan un papel en la historia de la salvación, similar al que jugara el Faraón en el tiempo del Éxodo; Romanos 11:12-15. Como en el caso del Faraón, el énfasis está puesto en su papel histórico en el tiempo presente (aunque su destino es, no obstante, bien claro: ira y destrucción). Pero el propósito final de Dios no es ira, sino misericordia y gloria. Porque el concepto principal de los versículos 22 y 23 es cómo Dios expresa su interés en los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria.

Llamado de Dios a un pueblo nuevo | Romanos 9:24-29

Aunque el versículo 24 está ligado gramaticalmente con los versículos 22 y 23, vuelve al tema con el cual Pablo comenzó esta sección: el llamado de Dios. En los versículos 7-13 Pablo ha mostrado cómo Dios llamó de dentro del Israel étnico a un número más pequeño de judíos que formaron un Israel “**espiritual**”. Ahora muestra que este soberano llamado de Dios en el tiempo presente ha creado un nuevo pueblo, compuesto tanto por gentiles; Romanos 9:25,26, como por un remanente judío; Romanos 9:27-29. En los versículos 25 y 26 Pablo aplica Oseas 2:23 y 1:10, que en su contexto original se referían a Israel, al llamado para que los gentiles sean su pueblo, hijos del Dios viviente. Pablo cita a Isaías para ilustrar la situación de los judíos y, al hacerlo, plantea tres puntos que sirven como resumen de toda esta sección y como preparación para el capítulo 11:

- 1.- No es sorprendente que muchos judíos “**hermanos**” de Pablo sean incrédulos, ya que la Escritura misma predecía que sólo el remanente será salvo; Isaías 10:22
- 2.- Algunos judíos están siendo salvados y están convirtiéndose en parte del nuevo pueblo de Dios: un remanente será salvo
- 3.- Dios es quien produce esta salvación de su pueblo: Si el Señor de los Ejércitos no nos hubiera dejado descendencia; Isaías 1:9.

El presente de Israel: desobediencia | 9:30-33

El segundo argumento de Pablo en defensa de su afirmación de que la palabra de promesa dada a Israel por Dios no ha fallado; Romanos 9:6a, es que Israel mismo, al no responder correctamente a la palabra de Dios, es culpable de ser excluido del nuevo pueblo de Dios. En los versículos 9:30 al 10:13 Pablo destaca la falta de Israel de buscar una condición correcta delante de Dios basada en el cumplimiento de la ley en lugar de la fe en Cristo. Luego, en los versículos 10:14-21, demuestra que Israel no puede argumentar ignorancia para excusar su falta, ya que Dios le ha presentado claramente a Israel su plan y propósito en las Escrituras. La incredulidad de la mayoría de los “**hermanos**” judíos de Pablo se debe tanto a la soberana elección de Dios (9:6b-29), como al hecho de que se negaron a creer, por lo cual son culpables. La elección divina incondicional y la responsabilidad humana van paralelas, y no debería permitirse que una cancele o mitigue a la otra.

9:30–10:13 La justicia de Dios y la justicia de la ley | Romanos 9:30-33

Un contraste entre dos clases de justicia prevalece en esta sección: la justicia de Dios; Romanos 10:3, disponible sólo por medio de la fe; Romanos 9:30; 10:4,6,10, y la “**justicia propia**”; Romanos 10:3, una justicia ligada a la ley; Romanos 9:31; 10:5, y a las obras Romanos 9:32. Pablo desarrolla este contraste en tres pasajes en cierta forma paralelos;

Romanos 9:30-33; 10:1-4; 10:5-13. En cada uno acusa a Israel en general, de perder la justicia de Dios en Cristo, la única justicia que puede salvar; Romanos 10:1,9,10, a causa de su preocupación por las obras y la ley de Moisés. Un enfoque de la ley guiado por el entendimiento correcto los hubiera llevado a Cristo y a la verdadera justicia, ya que la ley misma señala a Cristo; Romanos 10:4.

La pregunta de Pablo: ¿Qué, pues, diremos? en Romanos 9:30 introduce una nueva etapa en su argumento. Sugiere que tratará un tema que surge a partir de lo que ha discutido anteriormente. Este tema es el giro inesperado que ha tenido la historia de la salvación que acaba de mencionar: los judíos, el **“pueblo elegido de Dios”**, quedan sólo como remanente, mientras que los gentiles, que alguna vez estuvieron lejos de Dios, ahora son llamados **“hijos del Dios viviente”**; Romanos 9:24-29. Pablo ofrece una primera explicación de por qué sucede esto en los versículos 30b al 33. Utiliza imágenes tomadas de las pistas de atletismo para establecer un contraste entre los gentiles e Israel. Los primeros, aunque ni siquiera estaban **“en carrera”** (no iban tras la justicia), sin embargo, han alcanzado la **“línea de meta”**: han obtenido una condición correcta ante Dios. Y Pablo deja en claro que la han obtenido por su fe. Israel, por otra parte, aunque participaba activamente en la carrera, no ha llegado a la meta de esa carrera. En este momento, no obstante, el contraste cuidadosamente construido por Pablo parece romperse, ya que la meta que Israel perseguía pero no alcanzó no era la justicia, sino la ley de justicia. Algunos eruditos sugieren que Pablo simplemente quiere referirse al **“principio de justicia”**, o que podemos revertir los términos y traducirlo como **“la justicia de la ley”**. Pero la ley es casi seguramente la ley mosaica, y deberíamos respetar el orden de las palabras que ha elegido Pablo. El usa esta frase para enfatizar que la búsqueda de Israel de una relación correcta con Dios estaba totalmente ligada a la ley; estaban persiguiendo **“una ley que prometía la justicia”**.

Pero no llegaron, ni podrían jamás llegar a esta meta. Porque la ley, como ha aclarado Pablo previamente, no puede producir justicia; Romanos 3:20,28; 4:13-15; 8:3. Por consiguiente, Pablo rompe el paralelismo entre los gentiles e Israel para destacar el hecho de que Israel es culpable tanto por lo que estaba persiguiendo (una ley de justicia) como por la forma en que trataba de lograrlo (no era por fe, sino por obras). Sus ojos estaban tan fijamente concentrados en la ley que, en lugar de abrazar a Jesucristo, verdadera meta de la **“carrera”**; Romanos 10:4, tropezaron en él. Pablo toma prestada la imagen de Isaías 8:14, que cita junto con Isaías 28:16 en el versículo 33.